

á sus pies ó á su lado durante todo el camino colocó la cabeza sobre sus rodillas. Dió al pobre animal una parte de la cena que habia sobre la mesa, y mirando á Harel: «Presumo, le dijo, que no hay indiscrecion en que dé una parte de mi comida á mi perro.»

Concluida la cena, el príncipe escribió una carta á la princesa Carlota, y la guardó en su bolsillo por cualquiera acontecimiento.

Luego se acostó y durmió con un profundo sueño, como un hombre que tiene seguridad de despertar, y que confia tener muy feliz el dia siguiente.

LIBRO DOCE.

Napoleon en la Malmaison.—Sus preparativos para la muerte del duque de Enghien.—Interrogatorio del duque de Enghien.—Su juicio.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Llegada de la princesa Carlota á Paris.—Juicio de la conducta de Napoleon.

I.

Pero no dormian en el palacio de la Malmaison, en donde el primer cónsul, para recogerse en sus pensamientos, en los ratos de ocio y para gozar de las primeras delicias de la primavera se habia retirado ya hacia ocho dias. Aquellos dias y aquellas noches, todo se volvia agitacion, cólera, consejos, órdenes espeditas á los generales y ministros revocadas por otras, vigiliias, idas y venidas de correos y de confidentes de Paris á aquel retiro y de aquel retiro á Paris. Era evidente que alli se fraguaban resoluciones trágicas y una precaucion de estado, un terror á la Europa, una advertencia superior á los numerosos conspiradores, una venganza, tal vez un crimen y bien pronto un remordimiento.

En aquella mansion fué en donde parecia aguardar un acontecimiento desconocido á todos, que recibió por el telégrafo el 15 de marzo por la noche, la noticia de

haberse verificado el rapto. Sus pensamientos hasta entonces endurecidos por la cólera, comenzaron á moverse. Se sintió como embarazado con su triunfo y con su presa. Al momento escribió á Real: «Venid esta noche á las diez; un carruage os esperará en el puente de Neuilly para acelerar vuestra llegada.»

Al día siguiente 16, á consecuencia de las entrevistas con sus consejeros, creyéndose seguro entonces de suministrar pruebas de una criminalidad indudable para la opinion, concibió la idea de hacer juzgar al príncipe, por un tribunal supremo nacional, con todas las garantías de la defensa y publicidad. Despues se fijó en la de un gran tribunal militar compuesto de los principales generales que tenían asiento en el Senado. Murat, cuñado del primer cónsul y gobernador de París, parece haber sido el encargado de las primeras proposiciones de aquel plan. Murat, de carácter soldadesco pero heróico, sintiendo con su jóven esposa una prision, que no podía menos de ensangrentar y manchar el poder naciente y hasta entonces puro de su cuñado, se habria inclinado al menos por el modo de ejecucion mas magnánimo. Decimos *ejecucion y no juicio*, porque todo juicio supone en los jueces el derecho de juzgar. Ahora bien, ningun francés tenía el derecho de juzgar á un príncipe, que no habia cometido un crimen en Francia; que residia desde la edad de catorce años en un país estranero y cuyo rapto era una ilegalidad europea y un atentado contra el derecho natural y de gentes.

II.

Murat mandó llamar al coronel Preval, jóven militar, famoso por su talento de esposicion y de palabra en los consejos de guerra, y que mandaba el segundo regi-

miento de coraceros de guarnicion en San German, situado á las puertas de París: le dijo que el primer cónsul habia fijado en él la vista para que fuese el relator de un negocio de Estado en que se hallaba complicado un elevado personaje. El coronel Preval preguntó el nombre del culpable, y habiéndole contestado Murat confidencialmente que era el duque de Enghien, Preval, con un noble instinto de consideracion no aceptó las funciones que se le imponian en aquel proceso. «He servido antes de la revolucion, dijo, en el regimiento del jóven príncipe. Mi padre y mis tíos servian antes que yo á las órdenes de los Condé, y el papel de acusador de su hijo y de su nieto despedazaria mi corazon y deshonoraria mi espada.» Murat opinaba y comprendia lo mismo que el jóven oficial, y no podía vituperar en otro una repugnancia que habria respetado en sí mismo. Comunicó, pues, su negativa al primer cónsul, y ya no se volvió á hablar del gran tribunal militar de Estado. El temor de remover demasiado profundamente la opinion realista, sublevado por la lentitud y solemnidad de largos debates que resonarian en la Vendée, el presentimiento del apasionado interés que se adheria á un jóven príncipe arrebatado por la violencia de su asilo, y á quien se volvía por fuerza á su patria para que le sirviese de sepulcro, influyeron sin duda tambien en la forma del juicio. Se necesitaba prontitud, secreto silencio, cubrir con un velo á la victima, y dar el golpe de modo que cuando resonase no fuese ya tiempo de pedir gracia. Todas estas condiciones del crimen político, se encontraban en una comision militar sin formalidad, sin publicidad, sin lentitud nocturna, rápida, instantánea que juzgase é hiriese con una palabra bajo las bóvedas y en los fosos de una prision de Estado. Bonaparte se fijó en este modo, conforme á aquellas venganzas y á aquellas precauciones de Estado del Consejo de los Diez, y de los calabozos sin eco de Venecia. El genio trágico del italiano, respiraba

todo entero en aquel tribunal, en aquellos jueces y en aquella ejecucion nocturna. Solo que Venecia no juzgaba de aquel modo mas que á sus ciudadanos, y no enviaba á arrebatár sus víctimas, que vivían sin desconfianza en la inviolabilidad del asilo extranjero.

III.

El 17, el primer cónsul recibió en la Malmaison los pormenores circunstanciados de la doble expedicion de Ordener y Caulaincourt. De este modo supo que la presencia de Dumouriez en Ettenheim era una quimera: el parte del coronel Charlot lo decia testualmente. Este coronel esplicaba la confusion de nombres entre Thomery y Dumouriez: ninguna sospecha fundada podia quedarle ya en cuanto á esto al primer cónsul.

El 18 recibió Mr. de Talleyrand el parte de Caulaincourt sobre su mision paralela en Offembourg, y sobre sus comunicaciones diplomáticas á la córte de Baden. Los papeles ocupados en casa del duque de Enghien llegaron por el mismo correo: Mr. de Talleyrand los llevó á la Malmaison. El príncipe no podia tardar en seguir á aquellos correos, á aquellos pliegos y á aquellos documentos justificativos de su supuesto complot que le precedían á París. Desde el 13 por la noche, Bonaparte habia mandado á sus oficiales en Estrasburgo que hiciesen salir inmediatamente al duque de Enghien para París. La órden que llegó por el telégrafo fué ejecutada por la noche como ya hemos visto: pero desde aquel momento el cielo brumoso de las montañas de la Alsacia impedia al telégrafo anunciar á la Malmaison la marcha del prisionero. Solo se calculaba por conjeturas que llegaría en la tarde ó en la noche del 20 de marzo.

El primer cónsul preparó todo en la mañana de aquel

dia siniestro, para que el juicio y la ejecucion esperasen á la víctima á hora fija en Vincennes. La rápida sucesion de deliberaciones, mensajes y actos consignados con esta fecha, en la mañana del 20 de marzo, prueban que el pensamiento de Bonaparte, pendia con una impaciencia y puntualidad febriles hácia el mas rápido y trágico desenlace en la noche siguiente. Diríase que temia los remordimientos de la reflexion, y que decidido á no arrepentirse no queria tomarse tiempo para deliberar.

IV.

Todo se apresuró en aquella fecha y en aquellas horas. Escribió primero al ministro de la Guerra encargase á Murat, gobernador de París, el nombramiento de vocales de una comision militar para juzgar al duque de Enghien.

Hizo redactar á Real un informe sobre las supuestas conspiraciones en que el príncipe se habia mezclado, segun las engañosas revelaciones de los exploradores de policia en el Rhin y en Lóndres. Hizo reasumir aquellas acusaciones conjeturales en un decreto del gobierno, en que se afirmaba que el príncipe formaba parte de los complots fraguados por la Inglaterra contra la seguridad exterior é interior de la República.

Hizo que Real, director de la policia secreta, escribiese en aquel mismo dia á Murat primero y á Harel despues, para que el príncipe fuese conducido y recibido en Vincennes. Al medio dia recibió á Mr. de Talleyrand, y conferenció con aquel ministro en los jardines.

Su hermano José Bonaparte, al oír los rumores que circulaban, corrió desde Morfontaine á la Malmaison. Josefina, esposa del primer cónsul, fué la primera que le recibió, le participó la prision del jóven príncipe, le dijo

que temia los consejos de aquel maldito cojo (Mr. de Talleyrand), y suplicó á su cuñado que hablase á su marido, le aconsejase la indulgencia, y sobre todo que no le dijese que ella le habia prevenido, para que no le pareciese que su opinion habia sido supeditada por el enternecimiento de una muger.

José, bien dispuesto por su propio corazon y por sus amigos y patrones de Morfontaine, madama de Stael, Mateo de Montmorency, Mr. de Jaucourt, bajó al jardin, é interrumpió la conversacion del cónsul y Mr. de Talleyrand: este se retiró. Bonaparte confió á José su resolucion de hacer juzgar al duque, como cómplice de conjuraciones contra él. José trató de disuadirle y le suplicó se acordase de que el principe de Condé gobernador de la Borgoña durante su infancia, le habia favorecido y asistido con su proteccion en el colegio de Autun, y que á él debia su admision en el cuerpo de artillería: «¿Quién nos hubiera dicho entonces, añadió José enternecido, que tendríamos que deliberar un dia sobre la vida ó la muerte de su nieto, único heredero de su nombre?» Bonaparte inflexible contestó que el duque de Enghien era uno de los gefes de los complots de Georges contra su propia vida, y que no habia inviolabilidad para unos Borbones que iban á conspirar tan cerca de las fronteras. Cortó la conversacion para leer un despacho telegráfico de Estrasburgo, que habiéndose aclarado el horizonte le participaba la salida del principe para Paris. A las cuatro, un nuevo despacho de Paris le noticiaba la llegada del prisionero al ministerio de Negocios estrangeros. Sin embargo, Murat con arreglo á sus ordenes de la vispera habia nombrado la comision militar: no habia entresacado los jueces con la parcialidad de un hombre que manda una condenacion. La casualidad y las graduaciones los habian designado. Eran Hullin, que mandaba los granaderos de infantería de la guardia de los cónsules, presidente; Guilton, coronel del primer regimiento de coraceros; Bazan-

court del 4.º; Ravier del 18; Barrois del 96; Rabbé, de la guardia municipal, todos oficiales de la guarnicion de Paris. El mayor de la gendarmeria de Autencourt era relator. La desgracia de Murat era el tener que buscar jueces en las filas donde no se discute la obediencia, en donde se dejan mandar y juzgar, como se dejan mandar morir, y en donde no se sabe hacer distincion entre una sentencia y un juicio.

Al punto que aquellos jueces de un desterrado que no habia contravenido voluntariamente á ninguna disposicion, que solo la fuerza habia sometido á su jurisdiccion, fueron designados por el gobernador de Paris, el primer consul les hizo prevenir que se dirigiesen á casa de Murat para que les enterase de su mision. Mandó al ministro de la Guerra que hiciese reunir en la barrera de San Antonio mas inmediata á Vincennes, una brigada de infantería acuartelada en aquel arrabal. A aquella brigada de fuerza imponente y desproporcionada para toda circunstancia ordinaria, debia agregarse una legion de gendarmería, de que era coronel el general Savary, ayudante de campo del consul. Savary, actor seguro y principal, ojos y manos del primer consul en aquel acontecimiento, debia, durante la corta duracion del juicio, mandar en gefe la brigada de tropas de línea, la legion y hasta la fortaleza. Harel desaparecia ante aquel supremo ejecutor de los designios de su amo. Savary recibió la orden de presentarse por la tarde en casa del gobernador de Paris y darle conocimiento preliminar de las medidas concertadas en la Malmaison y en el ministerio de la Guerra para las disposiciones militares que le concernian en el plan general de la noche.

Maret, que regresaba de la Malmaison á Paris, recibió de manos del primer consul una copia de las mismas disposiciones para el gefe de la policia, Real. Este, segun se dice, debia ir tambien por su parte á interrogar al prisionero á su llegada á Vincennes. Se ha forjado sobre es-

ta órden dada á Real y sobre las circunstancias accidentales é improbables que impidieron en efecto, un sistema de excusa ó de atenuacion del crimen que espondremos mas adelante. Tomadas aquellas medidas sobrevino la noche y la Malmaison esperó.

V.

Savary salió de la Malmaison á las cinco, y recibió de Bonaparte en su gabinete y en su propia mano las instrucciones que enviaba á Murat. Al llegar á casa de éste, Savary encontró mas abajo de la cochera á Mr. de Talleyrand que salia de palacio. Subió á casa del gobernador de París: sea que Murat estuviese realmente malo aquel dia, ó que repugnase como á su muger el acto odioso conocido de antemano de ambos, ó bien que no quisiese aceptar la responsabilidad futura de ninguna intervencion activa ni directa en una crueldad capaz de empañar algun dia su fama, rechazó sobre la enfermedad verdadera ó falsa su inmovilidad en el acontecimiento. Se presentó como en estado de no poderse tener en pie ni de velar personalmente la ejecucion de las órdenes militares. Se limitó, pues, á decir á Savary, á quien no queria: «Debeis saber las órdenes de que sois portador, ejecutadlas en lo que os concierne.»

Salió Savary y se dirigió al cuartel de la gendarmería de que era coronel, la reunió, la dirigió á Vincennes y luego marchó á la barrera de San Antonio para tomar, en virtud de las órdenes del cónsul, el mando de la brigada de infantería que le fué conferido en la Malmaison. A las ocho de la noche llegó á Vincennes con aquella fuerza, formó la brigada de infantería en la esplanada que da frente al bosque, é hizo entrar la legion de caballería en el patio, colocando puestos de gendarmes en todas las sa-

lidas, con órden de impedir toda comunicacion con lo exterior bajo cualquier pretexto que fuese. Aquella consigna indica bastante que no se esperaban contra-órdenes de Paris ni de la Malmaison.

VI.

En el mismo momento Hullin, presidente de la comision militar, acudió con el relator y jueces designados en casa de Murat para recibir sus instrucciones. Murat les mandó dirigirse á Vincennes, y les entregó la órden oficial que los constituia en tribunal. El último párrafo de aquel decreto decia: se reunirán inmediatamente en Vincennes para juzgar al procesado con arreglo al acuerdo del gobierno y segun los cargos manifestados en él. Aquellos oficiales fueron marchando sucesivamente á Vincennes: su reunion en casa de Murat, la redaccion de las órdenes, su salida de Paris, la travesía de la barrera de San Antonio al castillo, habian invertido horas. La noche estaba ya avanzada cuando se reunieron en casa del comandante Harel, el cual dispuso para juzgar á un huésped el mismo salon en que le habia dado hospitalidad. El presidente Hullin distribuyó á sus colegas las piezas de la acusacion. Segun las fórmulas dió órden al comandante Harel para que fuese á buscar el prisionero y le llevase á la pieza contigua al salon para ser interrogado por el fiscal de la comision militar. Mientras se cumplian aquellas formalidades, los jueces se pusieron á hablar junto á la lumbre: Savary y algunos de los que habitaban en el castillo andaban por las escaleras, por las habitaciones del comandante, y hasta por aquel salon convertido bien pronto en pretorio. Todo estaba taciturno; pero sin murmurar. Cuando se ve de ese modo y á cierta distancia el amberso de un asesinato, el juez que se estre-

mece, la víctima que duerme, ¿no se truecan en el pensamiento los papeles? ¿Y no se preferiría mil veces ser el condenado que el ejecutor? Pero en los tiempos dominados por la esclavitud se encuentran instrumentos para todo.

VII.

Mientras se hacían aquellos preparativos de muerte en la Malmaison, en París, y tan cerca de su cabeza en Vincennes, el duque de Enghien, que se había acostado con la mayor confianza, dormía con el profundo sueño del cansancio, la juventud y la inocencia al lado de sus jueces, sentados ya para condenarle. Savary había colocado en su antesala un teniente y dos gendarmes, y les dió orden de que condujesen al preso al consejo reunido en casa del comandante del castillo.

Eran las once de la noche, cuando el teniente Noirot y los dos gendarmes Thesis y Lerma entraron en la habitación del jóven que dormía. Bajo su uniforme aquellos hombres abrigaban un corazón tierno. Después confesaron cuán costoso les fué interrumpir de aquel modo por un mandato de muerte, la única felicidad que puede disfrutar un preso, y cuánto habieran deseado prolongar al menos algunos minutos el reposo ó los sueños de aquel jóven príncipe soldado como ellos. Pero el tribunal y Savary aguardaban.

Despertaron sin precipitación y sin palabras duras ni adusto semblante al príncipe, que leyó la compasión en sus miradas y en su acento. Se vistió con el mismo traje que la víspera, se puso sus botas y su gorra de camino en la cabeza, porque ignoraba si se le llamaba para una comparecencia ó para una marcha. Permitió á su perro, que dormía á sus pies, que le siguiese. Atravesó, acompañado del teniente y los gendarmes, las escaleras,

los corredores y los patios, y fué introducido en la pieza contigua al salón de Harel, en donde se encontró frente á frente con el fiscal Autencourt. Era entonces media noche, como lo acredita la fecha del interrogatorio: le acompañaba Jaquin, jefe de escuadrón de gendarmes.

VIII.

A las preguntas del fiscal, contestó que se llamaba Luis Antonio Enrique de Borbon, duque de Enghien, natural de Chantilli, Versalles de los Condé.

Que había salido de Francia en una época que apenas recordaba, con su abuelo el príncipe de Condé, y su padre el duque de Borbon.

Que había andado por Europa con su familia, y hecho después la guerra en el ejército de su abuelo: que habiendo sido licenciado aquel ejército, se retiró á las montañas del Tirol, visitó la Suiza como simple viagero, y que por último, habiendo pedido al príncipe de Rohan permiso para habitar en sus estados del ducado de Bâden, se había fijado en Ettenheim:

Que jamás había estado en Inglaterra, y que sin embargo se sostenía con el subsidio que aquella potencia pasaba á los príncipes refugiados, única pensión con que contaba para vivir:

Que razones íntimas y su afición á la caza eran los motivos principales de que prefiriese la residencia de Ettenheim:

Que como era natural, mantenía correspondencia con su abuelo y su padre, únicos lazos que tenía en tierra estrangera:

Que en 1796, tenía el grado de comandante de la vanguardia del ejército de Condé:

Que nunca había tenido la menor relación con el ge-

neral Pichegrú: que aquel general habia manifestado deseos de verle, pero que se felicitaba de no haberle visto, segun los medios viles que se decia habia empleado aquel general, siempre que semejante acusacion fuese cierta:

Que tampoco conocia á Dumouriez.

Que habia escrito algunas veces á Francia á varios amigos y compañeros de armas que le apreciaban, y que aquellas correspondencias no eran de la clase de las que le podian arruinar.

El principe, despues de aquellas respuestas sóbrias, claras y francas como su alma, debia firmar el interrogatorio con los oficiales y gendarmes presentes: pero dirigiéndose al fiscal Autencourt, le manifestó el deseo de tener una entrevista con el primer cónsul. Ya hemos visto que desde el momento de su prision habia cruzado por su mente aquel pensamiento. No creía que podia existir una sombra entre la mirada del héroe y la del soldado, y que encontrándose se comprenderian. Autencourt le aconsejó que escribiese de su mano aquel deseo al pie del interrogatorio, pues que aquel documento iba á pasar al consejo de guerra. El principe tomó la pluma y escribió.

«Antes de firmar el presente proceso verbal, suplicó con instancia el tener una entrevista con el primer cónsul. Mi nombre, mi rango, mi modo de pensar, y el horror de mi situacion, me hacen esperar que no se me negará mi petición.»

IX.

El fiscal, dejando al duque solo con sus guardias, llevó aquel documento al consejo. Los jueces le leyeron, recibieron las impresiones que parecia imponerles la colocacion artificiosa de las preguntas redactadas en el decreto del gobierno, y conferenciaron brevemente acerca

del deseo manifestado por el acusado, de ver al primer cónsul. Algunos opinaron que debia suspenderse el juicio hasta que se trasmitiese aquel deseo á la Malmaison y se recibiese la respuesta. Una hora y un gendarme montado eran suficientes para ello. Si despues debia pronunciarse un fallo de muerte, todavia precederia á la aurora. El hombre que conocia el pensamiento intimo del gobierno, dijo que aquella suspension y aquel recurso de una comunicacion directa con Bonaparte, no le parecia que debian entrar en las miras del primer cónsul. El consejo negó la peticion del principe y acordó que fuese inmediatamente juzgado.

X.

Abrieron la puerta y se encontró de repente en presencia de sus jueces. Para satisfacer el tenor literal de la ley, que exigia una falsa apariencia de publicidad, el tribunal, que juzgaba por la noche bajo la consigna de una legion de gendarmeria y las bóvedas de una prision de Estado, dejó introducir en la sala y sus inmediaciones á algunos oficiales y habitantes del castillo. Todos se enternecieron al ver la dignidad modesta y firme, y sobre todo la actitud intrépida del prisionero. En su memoria quedó grabada la última hora del duque de Enghien, para honor de su raza y para la justicia de la posteridad.

El presidente Hullin era hombre de estatura y fisonomia soldadesca, que habia nacido en las montañas de la Suiza: antes de la revolucion, marchó á París como artesano, entró en clase de criado en casa del marqués de Conflans, se mezcló en las escenas revolucionarias del 14 de julio, fué uno de los vencedores populares de la Bastilla, luego voluntario, y se señaló en los campamentos por su intrepidez. Oficial muy apegado á su grado, y de carácter pasivo, era un órgano muy bien elegido

do para la impasibilidad de semejante tribunal. No añadía nada por su rigor al de tal misión, ni cercenaba nada de la indulgencia, por la responsabilidad. Sentía mucho el tener que juzgar, pero lo hacía sin tener en cuenta quién era el que estaba delante de él, de dónde venía, y si un raptó en país extranjero era suficiente para formalizar una acusación según la conciencia, según la humanidad y según la ley.

Dirigió una por una al acusado las mismas preguntas del interrogatorio, que ya habían sido contestadas. El príncipe respondió con la misma precisión y sinceridad. Rechazó lejos de sí, con noble indignación, la suposición de complots contra la vida del primer cónsul, y de la complicidad con los conjurados Georges, Pichegrú, y otros. Se pronunció con toda la altivez de su alma contra una especie de guerra, que haría que la victoria se asemejase á un crimen. La energía y la franqueza de su acento hacían fuerte impresión en los oídos de los espectadores, así como la evidencia convenía á su ánimo.

«Pero sin embargo, caballero, le dijo Hullin, ¿cómo nos persuadiréis que ignorabais tan completamente como decís, lo que pasaba en Francia, cuando todo el mundo lo sabía, y que con vuestro rango y nacimiento, que tanto cuidais de recordarnos, habeis podido permanecer indiferente á unos acontecimientos de tanta importancia y cuyas consecuencias debían ser para vos? Por la manera con que nos contestais, parece que desconoceis vuestra posición: tened cuidado, porque esto puede llegar á ser serio, y las comisiones militares, juzgan sin apelación.»

Aquellas palabras eran una impaciencia del juez, que exigía en la confesión un pretexto para tranquilizar su conciencia, ó eran una advertencia al acusado para que variase su defensa y apelase, no á la justicia, sino á la gracia? Hullin lo ha pretendido después: entonces nada lo reveló. El juicio por la noche, la precipitación de las

medidas, el olvido de las formalidades, la aparente publicidad, el número y la actitud de las tropas que estaban sobre las armas, y la insinuación de Savary en no insistir en una entrevista con el primer cónsul, anunciaban bastante, que se había tomado un partido de pronta é irrevocable ejecución. El príncipe, confesando complots imaginarios, hubiera hecho traición á su inocencia y á la verdad, sin que ninguna confesión hubiera prolongado sus horas que ya estaban contadas en la Malmaison.

XI.

Se quedó pensativo un momento con las manos sobre los ojos, y luego dijo: «Solo puedo, caballero, repetiros lo que ya he dicho. Al saber que la guerra estaba declarada, he solicitado entrar al servicio de la Inglaterra. El gobierno inglés me contestó que no podía acceder á mi solicitud, pero que permaneciese en las orillas del Rhin, en donde tenía que representar un papel, y aguardaba: hé aqui, caballero, todo cuanto puedo deciros.»

Hullin refiere que los jueces se esforzaron indirectamente y por varias veces, en hacer que el acusado abandonase aquella franqueza, que según ellos, no les permitía absolver, é inducirle á confesiones ó alteraciones de la verdad, ó á excusas á que no quiso recurrir. «Veo, dijo el príncipe, sensible á aquellos indicios de clemencia, veo con reconocimiento las honrosas intenciones de los individuos de la comisión, pero no puedo valerme de los medios que parecen ofrecerme. No desconozco mi peligro, pero no quiero alejarle por medio de ningún subterfugio indigno. Solo deseo una entrevista con el primer cónsul.....» Todo estaba dicho.

Hullin mandó retirar al acusado. Savary, los oficiales de la legión de gendarmería y de línea y los espec-

tadores, se retiraron también para que los jueces fallasen en silencio y secreto. La deliberación no duró más tiempo que el necesario al decoro del acto, para dar una apariencia de que los jueces habían reflexionado. ¡Por unanimidad declararon la criminalidad del acusado, por unanimidad la pena, y por unanimidad la muerte!....

«Que se traslade cualquiera, dice el presidente de aquel tribunal, al tiempo en que vivíamos: nombrados jueces, nos era preciso fallar so pena de ser juzgados nosotros mismos.»

Olvidaron que no hay juez sin acto justiciable, que no le había entonces, sino un desterrado arrastrado a su presencia con la bayoneta al pecho.

Olvidaron que debían ser juzgados en efecto por la equidad del mundo, por su conciencia, y por Dios.

El príncipe no tuvo defensor. Hullin atribuyó la falta de defensa del acusado, que todas las leyes civilizadas le conceden, a la negligencia de Autencourt. Ninguno de los jueces recordó aquel deber al presidente. El príncipe no quiso pedir uno, ó ignoraba que la ley le pedía por él.

XII.

En cuanto se pronunció la sentencia, y aun antes de redactarla, Hullin hizo poner en conocimiento de Savary y del capitán fiscal, la condenación de muerte, para que tomasen las medidas que les concernían para la ejecución. Hubiérase dicho que el tiempo parecía tan corto al tribunal como a los que aguardaban su fallo, y que un genio invisible acumulaba unos sobre otros los actos, las formalidades, y las horas, para que el sol no viese nada de la obra de la noche. Hullin y sus colegas, que habían quedado en el salón del consejo, redactaron al azar el fallo que acababan de pronunciar. Breve, nada

conforme a la práctica, y reasumiendo todo un interrogatorio en dos preguntas y dos respuestas, aquella sentencia terminaba con la orden de que se ejecutase en seguida.

XIII.

Savary no había aguardado que se escribiese aquella orden, para preparar su ejecución. Ya había señalado el sitio. Como el patio y la esplanada estaban llenos de tropas, por hallarse ocupados por la brigada de infantería y la legión de gendarmería, no había espacio en que el fuego de un pelotón no corriese el riesgo de herir a algún soldado ó a algún espectador. Temiase también sin duda dar demasiada publicidad al asesinato en medio de un ejército, la distancia del sitio de la ejecución al de la sepultura, y la compasión y el horror de las filas a vista del mutilado cadáver de aquel joven. El foso del castillo evitaba aquellos riesgos y aquella ignominia: cubriría el asesinato como cubría la víctima: fué, pues, elegido. Harel recibió orden de entregar las llaves de las escaleras y de las rejas, que bajando desde las torres daban paso a los cimientos del castillo, de que indicase las salidas y los sitios, y de que proporcionase un sepulturero que abriese la huesa, mientras el que debía ocuparla respiraba todavía. Despertaron a un pobre jardinero del palacio, llamado Bontemps, le manifestaron cuál era su encargo, y le dieron una linterna para que atravesase el laberinto de los fosos y pudiese llevar a cabo su obra. Bontemps bajó con su pala y su azadón al fondo del foso, y al ver que por todas partes estaba la tierra seca y dura, se acordó de que el día anterior se había comenzado a abrir, al pie del pabellón de la Reina, en el ángulo que formaba la torre, una zanja para echar en ella escombros. Dirigióse al pie de aquella torre, tomó con sus pa-

sos la medida del cuerpo de un hombre, y concluyó de abrir en la tierra removida de antemano el sepulcro de un cadáver. El duque de Enghien, por entre el murmullo de las tropas, podía oír desde su ventana, los sordos y acompasados golpes del azadon que preparaban su último lecho. Savary al mismo tiempo hacia bajar y formar lentamente en los fosos, los destacamentos de tropa que debían asistir á la ejecucion militar, y cargar las armas al piquete designado para ella.

XIV.

El príncipe estaba muy distante de sospechar en sus jueces ni tal rigor, ni tanta precipitacion. No dudaba que aun cuando la comision le condenase á muerte, no fuese una ocasion de magnanimidad para el primer cónsul. Habia amnistiado á los emigrados cogidos con las armas en la mano. ¿Cómo dudar que el que habia perdonado á desterrados oscuros y culpables, no se honraria con la justicia ó con la clemencia para con un príncipe ilustre, querido de la Europa, é inocente?

Despues de su interrogatorio le habian vuelto al cuarto en que dormia: entró en él sin manifestar ninguna de las angustias que los acusados experimentan en la expectativa ó incertidumbre de sus fallos. Con sereno semblante y espíritu tranquilo, conversaba con los gendarmes y jugaba con su perro. El teniente Noïrot, que le custodiaba, habia servido en otro tiempo en un regimiento de caballeria, mandado por un coronel amigo del príncipe de Condé. Habia visto al duque de Enghien siendo niño, acompañar algunas veces á su padre á las revistas y ejercicios del regimiento. Recordaba al príncipe aquel tiempo y las circunstancias de su juventud. El duque se sonreia con aquellos recuerdos y los repasaba en su me-

moria con otros de su infancia, que se confundian con los de Noïrot. Se informaba con una curiosidad llena de interés de la carrera de aquel oficial, de sus campañas, de los combates á que habia asistido, de los ascensos que habia obtenido, del grado que tenia, y de los que esperaba, y de la afición que tenia al servicio. Parecia complacerse en aquella conversacion sobre lo pasado con un valiente oficial que le hablaba con el lenguaje y el corazon de un hombre, que sin la severidad del deber, queria poder enternecerse.

XV.

Un ruido de pasos que avanzaba lentamente hacia la habitacion, interrumpió aquel dulce y postrer desahogo del cautiverio. Era el comandante de Vincennes, Harel, acompañado del gefe de la gendarmeria de la aldea, Aufort. Este, que era amigo de Harel, habia permanecido por tolerancia en una de las piezas de la habitacion del comandante, despues de haber encargado la cena del príncipe, y desde alli habia oido ó visto todas las escenas de aquella noche. Harel, enternecido y temblando por la mision que iba á desempeñar, permitió á Aufort que le siguiese y auxiliase en su mensaje al prisionero.

Saludaron respetuosamente al príncipe: ninguno de ellos tuvo valor para decirle la verdad. La actitud abatida y la voz consternada de Harel, revelaban á los ojos y al alma del príncipe un funesto presentimiento del rigor de sus jueces. Creia que iban á buscarle únicamente para que le leyesen su sentencia; Harel le invitó de parte del tribunal á seguirle. Le precedió con una linterna en la mano, por los corredores, pasadizos y patios que era necesario atravesar para llegar á la torre llamada del Diabolo. En aquella torre se hallaba la única es-

calera y puerta que daba á la profundidad de los fosos. El príncipe pareció vacilar dos ó tres veces al penetrar en aquella torre sospechosa, semejante á una víctima que olfatea la sangre, que se resiste y que vuelve la cabeza al pasar la puerta de un matadero.

Savary, mientras el prisionero bajaba al lugar del suplicio, y los destacamentos y el piquete se preparaban, estaba de pie calentándose en la chimenea de Harel en la sala del consejo. Hullin, despues de haber concluido su proceso verbal de condenación, estaba sentado junto á la mesa, vuelta la espalda á Savary. Esperando que la sentencia fuese suavizada por la clemencia y omnipotencia del primer cónsul, comenzaba en su nombre y en el de sus colegas una carta á Bonaparte, manifestándole el deseo del acusado de que le concediese una audiencia, y suplicándole mitigase una pena, que solo el rigor de sus funciones les habia obligado á imponer. «¿Qué haceis ahí?.. le dijo el hombre de Bonaparte aproximándose á Hullin. — Escribo al primer cónsul, contestó el presidente, participándole el deseo del condenado y el voto del consejo.» Savary quitando la pluma de la mano al presidente: «Vuestro encargo ya está concluido, dijo, lo demas me corresponde á mí.»

Hullin cedió al ascendiente del general que mandaba soberanamente en el castillo. Se levantó con sentimiento al verse arrebatar el privilegio de pedir una gracia, privilegio habitualmente ejercido por los tribunales y por las comisiones. Creyó que Savary le reivindicaba para sí mismo. Se quejó á sus colegas de un despotismo que dejaba en su conciencia un remordimiento desgarrador, y se dispuso á volver con ellos á Paris.

XVI.

Harel y Aufort precedian en silencio al duque por las gradas de la estrecha escalera, que bajaba como una

poterna por entre las gruesas paredes de aquella torre. El duque, por el horror de aquel sitio, y por la altura de los escalones, muchos de los cuales se hallaban enterrados en el suelo, principió á comprender que no le llevaban á presencia de sus jueces, sino á la de asesinos, ó á encerrarle en una mazmorra. Tembláronle todos sus miembros, y retirándose convulsivamente, se dirigió á los guías que le precedian, y con voz sofocada les dijo: «¿A donde me llevais? ¡Si es para sepultarme vivo en uno de esos calabozos, prefiero morir ahora mismo!...»

«Señor, le contestó Harel volviéndose, seguidme y armaos de todo vuestro valor.»—El príncipe le comprendió á medias, y le siguió.

XVII.

Salieron de la escalera por una puerta muy baja que daba á los fosos. La comitiva anduvo largo tiempo á oscuras siguiendo el pie de las elevadas paredes de la fortaleza, hasta el basamento del pabellon de la Reina. Cuando volvió el ángulo de aquel pabellon que encubria otra parte de los fosos, oculta por las murallas, el príncipe se encontró de repente, frente á frente con los destacamentos de tropas colocadas para verle morir. El piquete de fusileros destinado á su suplicio, estaba separado de los demas soldados, y sus armas brillaban á algunos pasos de él. Algunos faroles que llevaban varios hombres, iluminaban los fosos, las murallas, y el sepulcro. El príncipe se detuvo á una señal de sus guías: vió con una mirada su suerte y no palideció. Una lluvia menuda y glacial caía de la encapotada atmosfera. Un triste silencio reinaba en el foso: solo se oía á alguna distancia los cuchicheos y los pasos de un grupo de oficiales y soldados que se apiñaban hácia los parapetos y el puente levadizo del bosque de Vincennes.

XVIII.

El ayudante Pelé, que mandaba el destacamento, se adelantó con los ojos bajos hacia el príncipe. Tenía en la mano el fallo de la comisión militar que leyó con voz apagada pero inteligible. El príncipe la escuchó sin debilidad y sin hacer ninguna observación. Parecía haber recogido en un momento todo su valor y todo el heroísmo militar de su raza, para manifestar á sus enemigos que sabía morir. Dos solos pensamientos le ocuparon al parecer durante el momento de silencio que siguió á la lectura de su condenación á muerte: uno, el de acudir á la religión en su último suspiro, y otro el hacer llegar su pensamiento á la que iba á dejar sobre la tierra.

Preguntó si podían darle el consuelo de ser auxiliado por un sacerdote, pero allí no le había. En algunos minutos pudo hacerse llegar al cura de Vincennes, pero era preciso aprovechar la noche que estaba ya muy adelantada y que debía cubrirlo todo. Los oficiales más cercanos al condenado, le hacían señas de que era forzoso renunciar á aquel consuelo. Una voz que salió entre tinieblas de un grupo, dijo con ironía: «¿Quiéres morir como un capuchino?» El príncipe levantó la cabeza con indignación.

Entonces se volvió hacia el grupo de oficiales y gendarmes que le habían precedido, y preguntó en alta voz, si había alguno entre ellos que quisiese prestarle el último servicio. El teniente Noirot salió del grupo y se acercó á él: su paso denotaba su intención. El príncipe le habló algunas palabras en voz baja. Volviéndose entonces Noirot hacia la tropa: «Gendarmes, dijo, ¿alguno de vosotros tiene tijeras?» Los gendarmes buscaron en sus cartucheras, y pasaron de mano en mano al príncipe un par de tijeras. Se quitó la gorra, cortó uno de los ri-

zos de sus cabellos, sacó una carta de su pecho, se quitó una sortija del dedo, lo envolvió todo en un papel, y entregó aquel pequeño paquete, su única fortuna, al teniente Noirot, encargándole en nombre de su situación y de su muerte, que lo dirigiese á la jóven princesa Carlota de Rohan, en Eltenheim.

Confiado de aquel modo el último mensaje del amor, se recogió un momento con las manos juntas para orar por la postrera vez, y en voz baja encomendó su alma á Dios. Luego anduvo cinco ó seis pasos para colocarse enfrente del peloton cuyas armas veía brillar. Un gran farol colocado en el pretil del foso, reflejaba sobre él, y con su claridad permitía dirigir sus tiros á los soldados. El piquete se retiró algunos pasos para medir la distancia, y el ayudante dió la voz de ¡fuego!.. El jóven príncipe, como si hubiese sido herido por un rayo, cayó en el suelo sin vida y sin lanzar un solo grito. El reloj del castillo daba las tres de la mañana.

Hullin y sus colegas aguardaban en el vestíbulo de la habitación de Harel sus carruages para volverse á París, y hablaban con amargura de la negativa de Savary á entregar su carta á su amo, cuando oyéndose en el foso de la puerta del bosque una detonación inesperada, les hizo estremecer, y les dió á conocer que los jueces no deben contar mas que con su justificación y su conciencia. Aquel estruendo les persiguió toda su vida: el duque de Enghien ya no existía.

Su perro, que le había seguido al foso, aullaba y se precipitaba sobre su cuerpo. Costó mucho trabajo separar de él al pobre animal, que fué entregado á uno de los criados del príncipe, y llevado á la princesa Carlota, único mensajero de aquella tumba en donde yacía el que no cesó de llorar.